



LOS COMIENZOS DE LA FERIA DEL LIBRO DE BUENOS AIRES

FABIO ESPOSITO
UNLP-CONICET

El propósito de esta ponencia es desarrollar algunas ideas preliminares para pensar una historia de la Feria del Libro de Buenos Aires. Desde hace casi cuarenta años a comienzos del otoño libreros y editores exhiben y venden libros, organizan jornadas profesionales, animan tertulias y paneles; los autores firman ejemplares, ofrecen conferencias, participan de mesas redondas, presentan novedades, es decir en un recinto cerrado y durante un tiempo breve convergen los intereses y las expectativas de buena parte de los agentes del mundo del libro, y el cruce de intereses comerciales, políticos y culturales hace de la feria el objeto privilegiado de una historia cultural.

A mi juicio, una historia de la Feria del Libro debería recortar al menos tres aspectos diferentes del objeto y contar tres historias:

La primera de ellas debería reconstruir lo que llamo “la Feria en los diarios”, esto es, la cobertura periodística de la Feria, para indagar las relaciones de la prensa con el sector editorial. Esta historia daría cuenta de las representaciones de la Feria y del mundo del libro en los medios gráficos, especialmente en los suplementos culturales de los diarios. Y podrían recortarse dos grandes relatos; por un lado, la historia celebratoria de la imagen que la Feria elabora de sí misma, la historia de su autorrepresentación; y, por otro lado, la historia de la producción del libro y su crisis recurrente, a través de la cual el sector editorial interpela con reclamos y demandas al sector político aprovechando la amplia repercusión mediática alcanzada por la Feria.

La segunda historia sería lo que yo denomino la historia institucional de la Feria, esto es, quiénes están a cargo de ella y cómo se organizan entre sí. Esta historia debería explicar los conflictos de intereses de los principales actores del mundo del libro (escritores, editores, libreros, distribuidores, impresores) y los modos de resolverlos en un plano institucional. Debería dar cuenta, por ejemplo, de la historia de la relación de la SADE con las diferentes corporaciones de libreros y editores así como también de la creación de la Fundación El Libro.

Por último, la tercera sería la historia de la relación compleja y problemática de las instituciones organizadoras de la Feria con el poder político, sobre todo en momentos de



gran inestabilidad. Esta línea de investigación debería indagar los usos políticos de la Feria en las diversas y cambiantes circunstancias de la vida política del país. Un episodio de esta historia, por ejemplo, serían las ediciones de la feria durante la dictadura y las complejas y delicadas disputas de los organizadores de la Feria con el poder político de entonces.

La hipótesis principal que guía el desarrollo de esta historia de la Feria del Libro es la existencia de una amplia red de mediaciones entre el sector editorial, el Estado y la prensa que converge en la feria del libro, en donde las representaciones culturales se solapan con la historia política y la historia institucional, de modo tal que al contar una de las tres historias se estarían contando las dos restantes.

Buenos Aires la esperaba

La primera edición de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires “del autor al lector” tuvo lugar en el Centro Municipal de Exposiciones del 1º al 17 de marzo de 1975. De acuerdo con los datos ofrecidos por la Fundación El Libro, participaron 116 editoriales, concurren 140 mil visitantes, se expusieron 60 mil títulos y se vendieron 170 mil ejemplares.

El antecedente inmediato de la Feria, según las palabras de sus organizadores, fueron las ferias de libros en las calles organizadas por la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). En efecto, en los años 1971, 1972, 1973 y 1974 se llevaron a cabo ferias de libros itinerantes en la calle Florida y en diversos barrios de Buenos Aires así como también en otras ciudades del país, como Neuquén y La Plata. Estas ferias fueron organizadas bajo diferentes evocaciones: la semana de la poesía en diciembre de 1971; las itinerantes recordando el Centenario del nacimiento de Leopoldo Lugones, la dedicada a José Hernández. Sacar el libro de la librería era una de las estrategias implementadas por la SADE para fomentar y difundir la lectura. Justamente, debido al éxito de esas ferias callejeras, durante la presidencia de Dardo Cúneo se pone en marcha un plan para llevar adelante una Feria del Libro ya no en las calles, sino en un recinto cerrado, un espacio en donde el público pagaría una entrada para ver y comprar libros. En el año 74, la SADE convocó a Argentores, a la Cámara Argentina del Libro, la Cámara Argentina de Publicaciones, la Cámara Argentina de Editores de Libros, el



Sector de Libros y Revistas de la Cámara Española de Comercio y pidió colaboración para hacer una feria “internada”, es decir que el lector fuera en la búsqueda del libro.

La primera muestra fue concebida bajo la idea de una Exposición Feria Internacional que exhibiera todo aquello que resultara coherente con ese ciclo que va del autor al lector: los papeleros e industriales mostraban cómo se hacía un libro; se exhibían objetos y curiosidades de la vida de grandes escritores, como el puñal de Lugones, las medias de nylon patentadas por Roberto Arlt, la vestimenta de Enrique Larreta. Todo reforzado por la presencia viva del escritor: la firma de ejemplares y las charlas de los autores con el público, de acuerdo con las evocaciones de Roberto Castiglioni, Director Ejecutivo de la Exposición.

Quiero introducir una primera observación: los comienzos de la Feria coinciden con momentos de gran incertidumbre política de la Argentina. Si me permiten la hipérbole, la Feria fue imaginada y proyectada en un país e implementada en otro. En el plano económico, por ejemplo, en febrero de 1975 el peso sufre una devaluación, antesala de lo que será el Rodrigazo tres meses más tarde. En el plano político, las acciones de la Triple A, la intervención de las universidades nacionales, abonan un terreno cuanto menos hostil para la vida cultural. No voy a trazar aquí un panorama del contexto político de esos años, pero lo que sí me interesa subrayar es el cúmulo de dificultades que tuvieron que afrontar quienes tuvieron a su cargo la organización de la Feria y la necesidad de trazar una línea de análisis que contemple las relaciones con el poder político en términos de disputa de espacios en el terreno de las negociaciones constantes.

El 9 de marzo la nota editorial del diario *La Nación* celebra la inauguración de la Feria como “un ejemplo de la jerarquía de la industria del libro en nuestro país, pero simultáneamente como un incentivo para alcanzar en ese renglón, una posición mucho más significativa en el mundo de habla española” (*La Nación*, 9 de marzo de 1975). Afirma que la industria editorial representa un papel importantísimo para la conquista de mercados exteriores y, luego de lamentarse por las erráticas políticas oficiales que desprotegeron al sector, aplaude las prescripciones de la Ley del Libro, que establece que “la exportación estará exenta de todo gravamen y gozará de un estímulo similar al



dispensado a los productos manufacturados no tradicionales con mayor grado de elaboración y tecnología”. La nota concluye afirmando que

en la Exposición que acaba de habilitarse, se puede observar el esfuerzo de las empresas dispuestas a proseguir su acción y a sostener su presencia en medio de las dificultades día tras día agravadas. Tanto por cuanto ellas [las empresas] representan en el conjunto de la vida económica nacional cuanto por lo que podrían representar en el futuro dentro y fuera de las fronteras del país, cabe esperar que esta muestra sea un punto de partida auspicioso para el porvenir inmediato (La Nación, 9 de marzo de 1975).

Me interesa esta nota porque, más allá de su prosa campanuda, echa a rodar dos de los clichés más transitados a la hora de hablar sobre problemas de libro y edición: la feria del libro es un ejemplo de la creatividad, la iniciativa y la vitalidad del sector editorial. La producción de libros necesita políticas oficiales que promuevan su crecimiento.

Ese mismo día, el Suplemento literario de La Nación dedica buena parte de sus notas a la Feria y a la producción de libros. La nota titulada “Aspiraciones del sector editorial” incluye la opinión de tres editores: Jaime Rodrigué, Gerente de Sudamericana, Jorge Naveiro, Director de Ediciones de EMECÉ y Fernando Parodi, miembro del Directorio de Editorial Atlántida. Los tres coinciden en la necesidad de reglamentar la Ley del Libro, y de abolir las retenciones del 54% sobre los giros de derechos de autor al exterior. La tan mentada Ley del Libro promulgada en 1973 y, pese a las promesas de todos los mandatarios que pasaron por la Feria, jamás reglamentada, es acreedora de un extenso comentario editorial que subraya los efectos benéficos de dicha ley y aboga por su reglamentación. El suplemento se completa con “La importación de libros”, una nota que aborda el problema de la disparidad de los centros de consumo del libro hispanoamericanos y la posición declinante de la Argentina en esos mercados, eclipsada por los libros españoles y mejicanos y la cuestión del abastecimiento del mercado interno con libros producidos fuera del país.

El diario *Clarín* cubre la Primera edición de la Feria con un Suplemento Especial titulado “El libro a la luz de la Feria”. “Problemática del editor” es la entrevista-encuesta que resume las demandas del sector. Una vez más se escuchan las voces de Jaime Rodrigué y Jorge Naveiro, a quienes se suman Jorge Divinsky, de Ediciones de La Flor y Jorge Granica, propietario de Editorial Granica. Todos coinciden en señalar las dificultades de la producción del libro nacional (alto costo del papel, problemas con



los tipos de cambio, maquinaria obsoleta, trabas para exportar) y en la necesidad de medidas oficiales para impulsar el sector (Clarín, Suplemento Especial, 9 de marzo de 1975). Este formato de nota, la entrevista/encuesta que reúne a algunos editores siempre incluye un diagnóstico y un reclamo a las autoridades oficiales. A mi juicio, este tipo de notas es uno de los espacios desde donde se ejerce la interpelación al Estado con mayor eficacia. Estos verdaderos panoramas del sector del libro son elaborados desde el sillón del editor y las notas en general no ofrecen puntos de vista discordantes, con lo cual se impone una única perspectiva.

Como vemos, desde la Primera Edición de la Feria comienza a desplegarse un relato sobre el libro que con muy pocas variantes llega hasta nuestros días y que a lo largo del tiempo ha creado lo que podemos llamar una mirada, digamos “la mirada del editor”. Este relato, abonado por las corporaciones de libreros y editores es el que interpela al Estado demandando políticas oficiales que fomenten la producción y el consumo de libros.

1976 no es un buen año para la Feria. Abre sus puertas el 26 de marzo, dos días después del Golpe de Estado y, a pesar del éxito relativo de público –las estadísticas de la Cámara del Libro indican 300 mil visitantes (el doble que en la anterior) apenas si logra captar la atención mediática eclipsada por los acontecimientos políticos. No obstante, el domingo 4 de abril el diario *La Nación* le dedica buena parte de su Suplemento Literario. Roberto Castiglioni, Director Ejecutivo de la muestra, enumera con un tono de gesta todos los obstáculos que debieron superarse en la organización y concluye: “Una generación joven llena hoy el predio del Centro de Exposiciones. Los importadores se olvidan de todas las trabas que soportaron (14 veces aumentó el valor de las divisas en un año). El editor argentino se olvida de las penurias del papel y las huelgas, y el público en general renueva su esperanza” (La Nación, 4 de abril de 1976), echando a rodar un tercer cliché: el editor como pionero y la Feria del Libro como una gesta cultural.

Con esta segunda edición, comienza la serie de ocho muestras conviviendo con la Dictadura. Como señala Ana Broitman, “A lo largo de esos años la Feria se convirtió en un espacio central de exhibición de la cultura promovida por el régimen militar, cuyos personajes no perdieron oportunidad de exhibirse en sus palcos ni de recorrer sus pasillos, e incluso montaron sus propios stands”.



Pero también fue un ámbito propicio –continúa Ana Broitman– para la circulación de grandes cantidades de personas convocadas a propósito de objetos y personajes tan ambiguos y “peligrosos” para la dictadura como los libros y los escritores. Por lo tanto, aparece como un lugar complejo, que interesa a distintos actores del período con distintos fines: un espacio de lucha simbólica (Broitman, *Revista Espacios* N°37, FFyL UBA).

La edición de 1977 incluye el primer escándalo de la Feria del Libro. El presidente de la SADE, Horacio Ratti, sufre un conato de golpe de estado por parte de un grupo de la Comisión Directiva encabezado por su secretario, Jorge Caldas Villar, quienes separan del cargo al titular del organismo “por haber redactado un discurso presuntamente conflictivo donde pedía a las autoridades que se llevara a cabo la creación del Ministerio de Cultura y se concretara la construcción de la Biblioteca Nacional, sin consulta previa a los miembros de la Comisión Directiva”. El agua finalmente no llegó al mar. Luego de una semana de agravios e injurias, la Comisión directiva de la SADE resuelve el conflicto: Ratti reasume sus funciones aunque se queda sin leer el discurso de apertura de la Feria.

No soy cabecilla de ningún movimiento en el organismo –declara Caldas Villar en un comunicado de prensa luego de pactar un armisticio con su oponente–, imaginar eso es descalificar a distinguidísimos colegas que ocupan cargos en la dirección de la entidad. La citación, el lugar de reunión, el quórum legal y la mayoría absoluta de miembros fueron correctos en la sesión que separó del cargo de presidente al señor Ratti. La decisión de prohibir su personal discurso ante la Feria del Libro se basó en el artículo 15 de los estatutos.

Poco después, la SADE fue intervenida y su presidente fue sustituido por Adolfo Cahian. Como dijimos, en la historia institucional de la Feria también se cuenta la relación con el poder político.

El diario *Clarín* dedica a la Feria, ya no un Suplemento Especial, sino el Suplemento Cultura y Nación, con un exhaustivo reportaje titulado “El libro argentino en la crisis nacional” en donde luego de realizar una crónica de la feria, se recoge el testimonio de libreros y editores, que trazan un oscuro panorama de la producción editorial y se reclaman medidas oficiales que favorezcan al sector. Después de revisar las estadísticas de la Feria anterior que indican que cada visitante compró por lo menos un libro, que de esos compradores solo el 20% puede considerarse lector habitual, que en los 160 stands se exhibieron más de un millón de ejemplares, el cronista concluye señalando “una



vocación quizá inconsciente, de una gran parte de los argentinos por acceder o participar de un hecho ligado al conocimiento y al espíritu”, y echa a rodar otro cliché: la vocación de la sociedad argentina por los libros y las manifestaciones artísticas y culturales.

Estas primeras ediciones de la Feria inauguran una tradición: los editores aprenden a organizar ferias del libro y transmiten ese conocimiento que se va renovando con cada edición. Pero también aprenden a dar forma a un relato sobre la producción de libros que, como dijimos, es una suma de tópicos que se inserta con las grandes narraciones de la identidad nacional y que alcanza una gran eficacia para vehicular las demandas del sector editorial. Y aprenden por último a ganar posiciones frente al poder político en ese espacio de lucha simbólica en que se convierte la Feria del Libro.